

## NOTAS

**La ciencia y la realidad.** — (La Science et la Réalité) es una obra muy valiosa de Pierre Delbet (E. Flammarion, editor, París) que viene a su vez a demostrar el error capital de quienes piensan que la ciencia es simplemente un edificio ingenioso fuera del cual está la realidad. La conclusión de Delbet es que la ciencia no conserva las trazas de su origen humano, en otros términos, que la ciencia es puramente objetiva y, por tanto, en armonía segura con la verdad.

Comienza el autor su trabajo justamente con la biología, que es la ciencia más difícil e incompleta, para probar que el cerebro humano se ha adaptado a la naturaleza en virtud del propio funcionamiento y que, por consiguiente, puede descubrir la verdad siempre que el punto de partida de la cerebración esté en el exterior.

Ese conjunto de nociones "comunes a Newton y a su cocinera", acerca de las cuales dice el metafísico "lo que todo el mundo comprende, aun yo, no tiene sentido"; ese conjunto de abstracciones corrientes (tiempo, espacio, fuerza) es precisamente el punto de partida de la ciencia. Y Delbet lo demuestra hermosamente al hacer ver como y por qué la generalización y la abstracción cuyas bases están en los objetos exteriores corresponden necesariamente a la realidad.

\* \* \*

**Electrónica y biología.**—(Electronique et biologie) es otra obra muy digna de mención, del Dr. P. Achalmé, Director del Laboratorio Colonial del Museo de Historia Natural de París. El autor nos hace esperar que el perfeccionamiento de nuestros medios de investigación permita un día abarcar de un vistazo la innegable unidad del Universo. La

existencia de los iones—que hoy sabemos hasta contar y medir — y la existencia de los electrones—cuyos movimientos nos explican todos los fenómenos luminosos, térmicos, eléctricos y de radioactividad — hacen posible ya el intento de tal unificación de todas las ciencias positivas, sin que hayamos de salir del dominio de las realidades concretas.

\* \* \*

**Los precursores parisienses de Galileo.** — En una carta dirigida en Octubre a la Academia de Ciencias francesa, demuestra P. Duhem (de Burdeos) que los maestros de París, rebeldes a la autoridad de Aristóteles, habían construido ya a mediados del Siglo XIV una dinámica que contenía lo esencial de los principios que habían de ser, siglos más tarde, matemáticamente precisados y experimentalmente confirmados por Galileo y por Descartes, y corregidos luego por Leibnitz. Entre aquellos maestros, señala Duhem principalmente a Juan Buridan, Alberto de Saxe y Nicolás Oresme.

Buridan enuncia admirablemente la ley de la inercia y, cosa aun más sorprendente, la aplica a todos los mundos planetarios, unificando la mecánica celeste y la mecánica terrestre, en contra de la creencia que atribuía el movimiento de los astros a la acción de seres espirituales o inteligencias separadas de la materia.

Alberto de Saxe fija y aclara en ciertos puntos la Dinámica de Buridan.

Nicolás Oresme, tras minuciosa discusión, da la preferencia a la idea del movimiento diurno de la Tierra sobre la del movimiento del Cielo; formula la idea cardinal de la Geometría analítica y da la primera justificación de la ley del camino recorrido en movimiento uniforme-